

EDITORIAL

MEDIO SIGLO

CINCUENTA años van corridos desde que el agitado y convulso siglo XX entró a asentar sus lares en la Historia Contemporánea; durante este medio siglo, la primera actividad positiva y verdadera que Chile puede presentar en el campo de la música, germina y crece con extraordinaria velocidad. Puede decirse que en nuestra historia artística, en que la música ocupó un lugar modesto durante todo el siglo XIX, las cosas se vuelcan y lo que parecía ser una actividad de rango secundario, toma precedencia y adquiere la jerarquía de calidad primera en el campo intelectual. Si nos referimos al período que comprenden estos cincuenta años, no es por un afán periodístico, ni para subrayar que cambiemos la decena en nuestras colecciones. Creemos justo, en el primer número que esta Revista publica en 1950, reproducir algo de la rememoración y del balance que forzosamente nos provocó el reciente cambio del calendario.

No resistimos a mirar los años transcurridos y tenemos que llegar a un desmentido de aquello que dijo que «cualquier tiempo pasado fué mejor». No, en música no fué mejor. 1910, 1920, 1930, 1940 y 1950, significan, para los músicos que podemos evocarlos, como imágenes del curso de una increíble transformación, como la cinta de un cinematógrafo que nos lleva desde esos conciertos ocasionales y de esas óperas deslumbrantes de la elegante sociedad, a los conciertos de hoy, a los conjuntos permanentes, a la composición chilena y a todo lo que hoy nos diferencia de esa pequeña vida de alejada provincia que antes llevábamos.

Si se abren los diarios, decena por decena, y se les recorre a través de las crónicas y de las innumerables polémicas que se enhebran en torno de la música, uno tiene la sensación del crecimiento; que germina con modestia y dificultad hasta 1920, que se acelera desde entonces y conquista posiciones de avanzada, y pasa, desde

1930, a la delantera del empuje cultural para consolidar creaciones fundamentales y reconocimiento pleno desde 1940 en adelante. Hay hechos capitales que suceden en estos años: el primero de ellos es que la música sube en el concepto general como resultado de un activo movimiento, de una lucha ardorosa de reivindicación que parte, no de los medios oficiales, sino del ambiente mismo. En virtud de diferentes iniciativas que se condensan en las reclamaciones que hace públicas la Sociedad Bach, parece que algo se rompe y se abren ventanas hacia el pasado y hacia el presente. Los que hablan de música no son muchas veces los profesionales mismos de este arte, son profesionales de otras carreras, gentes que han viajado, que han leído a las cuales se agrega la nobilísima falange de los compositores, que aparecen por vez primera en la historia de Chile.

La música cobra situación, se discute mucho en torno de ella y pronto el Gobierno, que no permanece insensible a estas luchas, adopta una posición de ayuda hacia quienes propugnan una transformación, aun cuando censuren con vehemencia la marcha de las instituciones oficiales. Simultáneamente con estas discusiones, ocurre el hecho del decaimiento del teatro lírico, todopoderoso en otro tiempo, y centro de gravedad de todas las ayudas estatales. Por muchos motivos, a los que no es ajena la aparición del cinematógrafo, el predominio de las temporadas de ópera desaparece. Las crisis económicas hacen difícil continuarlas, y hay mucha gente en las nuevas generaciones que encuentra que las representaciones líricas de Septiembre tienen hasta un sentido humorístico.

El Gobierno, después de ensayar varios sistemas de estímulo y de dirección de las actividades musicales y de las artísticas en general, resuelve ponerlas en manos de la Universidad de Chile, cuya autonomía acaba de ser creada y de la cual se espera que, con el peso de su tradición y su medida, sepa morigerar los desbordes de la gente artística, tan combativa y al parecer tan llena de sueños quiméricos. Pero la Universidad misma, poco después de ser autónoma, sufre una tremenda crisis y los elementos nuevos incorporados a ella no pierden la oportunidad de pasar a primer plano, y de conquistar para sus actividades todo lo que en un principio pareció destinado a dilatarse.

Todo este suceder está entretejido al curso de nuestra historia contemporánea, social, política y económica. Sin el movimiento renovador que se abre paso en 1920, que todo lo cambia, desde la vieja Constitución Política de 1833, la música no habría encontrado su camino. Los elementos musicales no dejan de aprovechar

cada una de las coyunturas que se presentan entre 1925 y 1932, ese período de tanta inestabilidad por que pasamos, semejante a aquel otro anterior a Portales. Fruto de estas oportunidades fué la reforma del Conservatorio en 1928 y la creación de la Facultad de Bellas Artes al año siguiente. El proceso que hemos descrito en los párrafos anteriores y que parte de los años 1918 y 1923, que marcan las fases iniciales de la Sociedad Bach, viene a culminar en 1940 y 1948, en que se fundan respectivamente el Instituto de Extensión Musical y la Facultad de Ciencias y Artes Musicales. Sin duda, es uno de los procesos de organización musical más originales de este hemisferio.

Todo lo demás que se ha hecho son iniciativas paralelas, muchas muy importantes, como la fundación de esta Revista, del Instituto Secundario, del Instituto de Investigaciones Musicales, etc., pero sólo posibles porque las grandes batallas, las de la jerarquía y las de la creación de los conjuntos permanentes estatales, habían sido ganadas. Y cabe recordar que muchas de estas batallas se ganaron casi por milagro, como si hubiésemos tenido un numen protector que nunca faltó en el «tiefer Noth» de nuestras luchas. Alguna vez habrá de escribirse la curiosa historia de esta cadena providencial.

¿Por qué se produjo la transformación musical, ocurrida en este medio siglo? ¿Acaso nuestros padres y nuestros abuelos no habrían podido tener la primacía de un movimiento semejante? En primer lugar, lo que ocurre en Chile no es sino el reflejo de lo que sucede en el resto del mundo y que hace crisis en la primera guerra mundial. Las estrechas relaciones de interdependencia económica y cultural creadas desde 1918, nos acercan y nos van aproximando cada día más hasta hacer que Chile, país de extraordinaria lejanía para Europa, sea también en el aspecto artístico uno de los centros en que, de un modo más inmediato, repercuten las contingencias del Viejo Mundo. No es casualidad que, mientras todo el movimiento romántico en el siglo XIX se reflejó en Chile principalmente en la esfera literaria y en lo político, y la música sólo llegó a nosotros tamizada por la gran ópera de París y sus ribetes sociales, el cambio del impresionismo y del expresionismo, en el XX, hayan repercutido instantáneamente en Chile. Mientras las controversias wagnerianas preocupan a escasísimas personas, a algún raro caballero que llegó a viajar por Alemania hacia 1880, los escritos de Debussy y las teorías de Schoenberg son leídos y discutidos entre los músicos durante la vida del primero de estos autores, de quien

aun se ejecutaron obras que sonaban a descubrimientos exóticos. Chile se conecta con el mundo de una manera mucho más efectiva, y tal vez aquella «infancia mental» de que habla Encina, toca a su fin, en las aficiones musicales que, las nuevas generaciones, sienten con mucho mayor hondura y mucha mayor seriedad que las clases aristocráticas anteriores a 1910, para las cuales la música fué siempre un poco la propiedad de uno de sus entretenimientos y al cual no se podía conceder demasiada importancia.

Con las transformaciones acaecidas hacia 1920, se revela toda una generación dispuesta a ponerse en una sola línea de trabajo. Son gentes venidas de todos lados, que ni siquiera se conocían, que llegan de todas las esferas sociales y que se inflaman en una mística que acaba, con su fe, por derribar montañas; porque montañas eran las que un siglo de prejuicios había creado en contra del desenvolvimiento de la música. Los que pueden recordar esta cruzada, rememorarán lo que se soñaba en 1924 y se publicaba como el desideratum futuro: parece cosa de niños frente a lo que se ha conseguido. Casi es jactancia el decirlo, pero es verdad.

¿Ha habido sinsabores?, por miles. En muchos momentos se dió todo por perdido, como en 1927, cuando la primera Ley musical fué dejada sin efecto y derogada, causando tanta desilusión; como en 1930, cuando la nueva Facultad de Bellas Artes se usó en contra de los que la habían creado; como en 1939, cuando se vió que el proyecto de fundación de la Orquesta Sinfónica del Estado fracasaba por la desorientación que al Parlamento habían llevado las maquinaciones partidas del mismo campo musical. Los hombres se han agrupado y distanciado muchas veces, hay quienes tuvieron momentos y épocas de importancia decisiva y que hoy no están cooperando. Cuando se haga la historia detallada del proceso musical de este medio siglo, veremos que, personas a veces las más alejadas de la música, tuvieron en un momento el destino de ella en sus manos y no lo estropearon. El proceso de nuestro crecimiento musical es como esas carreras olímpicas, en que la antorcha va de mano en mano, y en la música chilena, la antorcha ha pasado por muchísimas manos.

No es el momento ni el lugar para que citemos nombres, no queremos hacerlo, pero tenemos presente a muchos, amigos y no amigos, a gentes que hoy son indiferentes y que tal vez ni se acuerdan de lo que en un momento hicieron, y sin embargo, de una firma, de unas palabras, de una gestión oportuna dependió todo lo que existe. Que en este medio siglo vuelva sobre todos la conciencia

de que el edificio de la cultura no es sólo de quienes lo planean, sino también de quienes han puesto cada piedra. Nadie es sin importancia, ninguno habría podido faltar, aun los enemigos han tenido su papel y su utilidad, lo esencial es que nuestro movimiento se hizo realidad, y que tuvo éxito porque se trabajó con altura, sin dejar perderse ninguna de las oportunidades que la marcha del país señalaba como favorables para el avance de la música. Este es el resumen de estos 50 años, que ojalá sean seguidos de otro medio siglo en que predomine el florecimiento de lo que las actuales generaciones entregan a la posteridad.

LA RADIO

EL Gobierno acaba de tomar la iniciativa de llamar a las radio-emisoras nacionales hacia una mayor compostura. La Secretaría General de Gobierno, de cuyas oficinas depende el control de las radio-estaciones, ha impartido una serie de instrucciones que la prensa acogió unánimemente con aplauso. Numerosos artículos editoriales y colaboraciones, en forma perfectamente idéntica, señalan el estado deplorable en que se mueven nuestras ondas radiofónicas, puestas al servicio de una propaganda comercial que de día en día envilece el espíritu de los ciudadanos, alegando que para subsistir debe dar gusto a los auditores. Las cosas, sin embargo, no deberían haber llegado a esta emergencia si nuestros gobernantes hubiesen tenido un poco de visión, y no hubieran considerado los intereses de la cultura como exigencias superfluas, que el comercio aceptaría en las medidas de sus posibilidades, y que las oficinas del Gobierno irían estableciendo en forma paulatina. ¿Quién es el que va a provocar una quiebra o una cesantía so pretexto de motivos culturales? El mal de la vulgaridad ha echado raíces, ha creado intereses, ha producido tipos humanos especialistas, y cuando a esa gente se le dice que hace mal, hay hasta gremios que se mueven, políticos que se interesan, y sólo una mano poderosamente férrea puede llegar a la cirugía de un cáncer espiritual que se cierne sobre las generaciones futuras.

La radio es, sin lugar a duda, el descubrimiento más milagroso que se ha hecho desde que la imprenta fué conocida en el mundo occidental. Participa de la comunicatividad de la imprenta, con la ventaja que el libro maravilloso de la radio lo puede abrir cualquier individuo, aun el analfabeto; basta con accionar los controles para